

LA CRÓNICA

Se va

ARCADI ESPADA

Voy a escribir sobre Jan Hartman y el nómada ahora que mi amiga se va, vuelta ya hacia la capital de Angola, después de haber consumido sus cuatro años barceloneses como encargada de prensa y de los asuntos culturales del Consulado americano en Barcelona. Voy a escribir la nota encima de estos dos carnosos colchones

de muelles que le sirven de mesa, porque todas las mesas de la casa, un sólido ático barcelonés con vistas a los álamos del Turó Park, están ya en el camión de las mudanzas, allí donde la vida de uno ocupa poco menos de un tercio, un tercio de camión una vida, como escribía Rosa Montero hace años, tantos que no sé si era entonces Rosa Montero. El camión partirá con sus cosas hacia Amberes. Ya sé que esta palabra segrega hilos de sueño, pero eso no es todo: en el puerto de Amberes, inmensos almacenes guardan lo que el cuerpo diplomático americano, en tránsito por

el mundo, va dejando: viejos muebles con los que sus propietarios esperan construir algún día una nueva y definitiva vida mortal. Allí, hasta el puerto cernido por la bruma, viaja lo que Jan no necesitará en Luanda, lo que fue acumulándose desde que salió de Florida, camino de Buenos Aires, Londres, Copenhague, Gabón, Santo Tomé, Managua, Mogadiscio, Washington y Barcelona. En realidad, en Luanda no necesitará de nada: si necesitará un médico para un asunto que ha de resolverse en menos de diez horas, no lo tendría: diez horas tarda en llegar el más cercano avión/ambulancia. Uno ha de enfermar con mucha parsimonia en Luanda. Menos que nada necesita: el país está en guerra y Jan no va a poder moverse en un radio superior a unos pocos kilómetros. Es en esos países donde suelen decirle a la bonita Jan: "Tú eres buena y simpática, pero eres americana y

tienes una diana en tu corazón. Una peculiaridad muy personal completa su *target* de visita: se dedica a los asuntos culturales. Lo primero que queman las turbas son los centros culturales: es decir, su despacho. Luego, ya entrenados, caminan dando muchos gritos por la avenida que conduce hasta la embajada.

La última vez que Jan llevó una vida amueblada fue en Barcelona. Ahora se va y aquí empezó todo. Llegó en el 72 después de haber jurado que no vendría nun-

ca mientras estuviera Franco, como si España y yo fuéramos así, *mistress*. El por menor izquierdista fue vencido por el amor: un catalán de origen toledano, hallado en Copenhague, que también había jurado. "Jamás viviré en Estados Unidos", juró. El catalán vive ahora con otra mujer en Estados Unidos y Jan planea regresar a Barcelona para envejecer aquí. Es mejor vivir y no jurar. En los setenta, sin embargo, vivió grandes experiencias: habitaba en una comuna de La

Floresta, vendía cinturones en las playas de Sitges, compraba el *Newsweek* en las Ramblas (lo abría y casi siempre se encontraba con alguna página recortada) y veía *Revista de toros*, un programa de televisión. Sobre el caso del *Newsweek*, se pregunta ahora qué fue del hombre que recorría las páginas peligrosas. También me

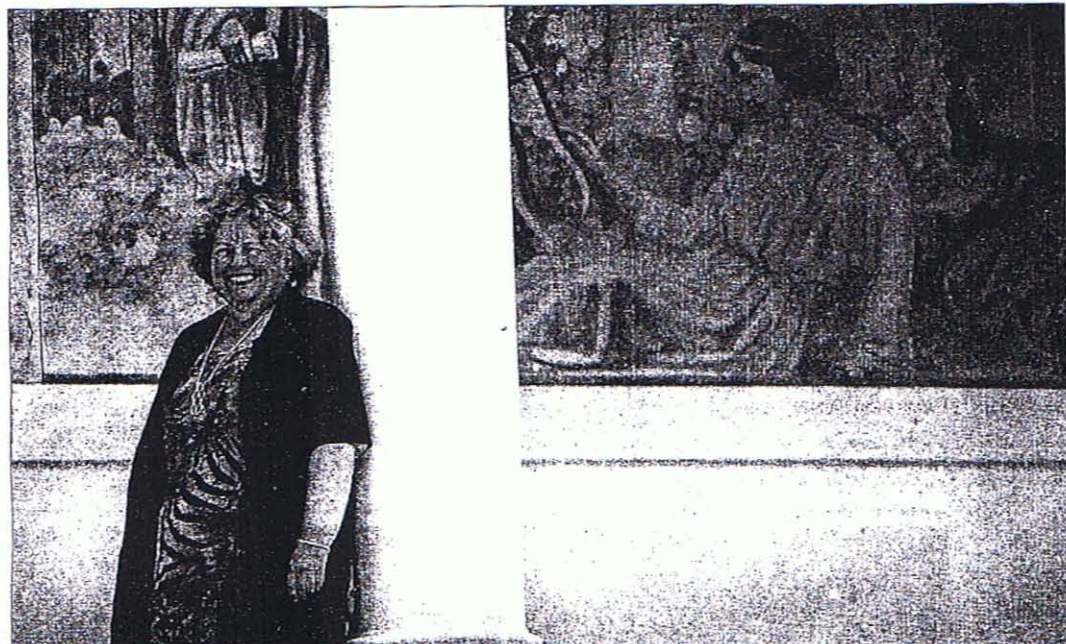
lo pregunto yo y quisiera encontrarlo, y si lee esto puede llamar a esta redacción para colaborar, una vez más. En cuanto a *Revista de toros*, Jan veía su música. Las postimerías suelen tener este carácter enloquecido. El programa lo llevaba la hija de Emilio Romero, más *progre* que su padre, que ya es decir. Antonio Ordóñez dormía lentamente a sus toros con Pink Floyd y Jan cerraba los ojos.

En 1980 Jan cumplió treinta años y vio un anuncio. Quería una vida propia y eso estaba entre las ofertas. Así entró en la diplomacia. Su marido la siguió hasta su primer destino, en Gabón. Tuvo mucho mérito: era un país con tres teléfonos y él ingeniero de telecomunicaciones. Así empezó la rumba y esta tarde muy clara, casi visionaria, Jan Hartman, nómada y sin hijos, va diciéndose que nunca fue más que una criatura de su tiempo. Pero antes de que la melancolía y el bolero más negro acaben por devastar la tarde, yo digo lo que mi amiga aprendió de todo esto, y lo digo con sus palabras exactas, suenan como un verso, qué sentido tiene vaciar tu vida en este orgullo de decir yo soy de aquí.

Y luego: Michel Caine y Sidney Poitier rodaban una película en África. Caine se acercó a su compañero, probablemente durante un crepúsculo por el que cruzaban manadas de cebras:

—Sidney, ¿no sientes tus raíces?

—Algo noto. Pero es improbable que atraviesen la suela de mis Gucci.



La última vez que Jan llevó una vida amueblada fue en Barcelona. Ahora se va. / CARMEN SECANELLA

Voy a escribir sobre Jan Hartman y el nómada ahora que mi amiga se va, vuela ya hacia Angola, después de cuatro años como encargada de prensa y de los asuntos culturales del Consulado americano en Barcelona

EL ROTO



Publicidad

Señor Jordi Pujol: según las leyes del Parlament, "no puede hacerse publicidad de tabaco en vías públicas y medios de transporte público". Y mi pregunta es: ¿de qué sirven estas leyes si constantemente se ve publicidad de tabaco en las vías públicas y en los medios de transporte público, incluso en las instalaciones de los Ferrocarrils de la Generalitat?

Me refiero a los anuncios que también hacen publicidad de carreras de coches, motos, competiciones de tenis, fiestas, etcétera. En todos estos anuncios se ve claramente el nombre, logotipo e imagen típicos de marcas de tabaco, lo cual significa una incitación al consumo y compra de tabaco, y más si se tiene en cuenta que estas marcas están asociadas a imágenes muy atractivas, lo cual es una práctica muy habitual en la publicidad. ¿De qué sirven, pues, estas leyes?— Clive Booth. Barcelona.

OPINIÓN
DEL LECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder los 20 líneas mecanografiadas. En ellos debe figurar la firma, el domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de los autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicarlos, así como de resumirlos o extractarlos. No se devolverán los originales, ni se facilitará información postal o telefónica sobre ellos. Correo electrónico: opinlonb@elpais.es

Baleares y el PP

Supongo que después del pacto entre la izquierda y los nacionalistas el Gobierno central, del PP, seguirá creyendo que las islas necesitan los 100.000 millones que había prometido a los nacionalistas si éstos apoyaban con sus votos a los candidatos populares a las instituciones insulares.— Joan Bosch. Barcelona.